

Conclusion.

Los desmayos que causa la alegría no son, por más que se diga, ni largos ni peligrosos.

Eva, pues, habia recobrado por completo la razon, y solo le parecia que todo lo que sucedia era un sueño.

El carruaje esperaba á la puerta de la iglesia, pero Eva estaba tan débil que Jacobo la llevó en sus brazos desde el altar: el cochero sabia á dónde tenia que ir, así es que nada preguntó, y el carruaje se alejó entre el rumor de los gritos: ¡Viva Jacobo Merey, viva la señorita de Charelet!

Eva miró en torno suyo, pero no vió más que á Jacobo, y lanzando una exclamacion de júbilo, se arrojó en sus brazos sollozando de alegría.

Desde el dia en que por medio de su aliento la devolvió la vida en la fonda de Nantes, no la habia prodigado Jacobo ninguna caricia de amante.

Continuaron enlazados uno con el otro, pidiendo Eva al cielo que si era un sueño, no la despertara.

De repente se abrió la portezuela; Eva abrió los ojos y se encontró rodeada por varios criados con antorchas.

Jacobo la ayudó á bajar: ignoraba por completo en dónde se encontraba.

Casi se habia fijado en que el coche se habia detenido delante de una casa completamente desconocida para ella, y que jamás habia visto en las cercanías del palacio de Charelet.

Subió una gradería adornada con flores, entró en un vestíbulo en donde se veian candelabros y jarrones de china, cuya forma no le era desconocida, aunque no recordaba en dónde los habia visto.

Despues pasó al salon, adornado al estilo de Luis XV, cuyos muebles tambien recordaba, y del salon por dos puertas se pasaba á dos dormitorios.

Uno era el que estaba tapizado de terciopelo granate, y cuyo único adorno era un gran retrato de mujer y un reclinatorio.

Al ver el retrato, exclamó Eva:

—¡Madre mia!

Y cayó de rodillas sobre el reclinatorio.

Jacobo la dejó rezar un momento, despues la envolvió con sus brazos y la levantó hasta sus lábios.

—¡Madre mia, dijo, tomo á vuestra hija, pero os ofrezco la haré feliz!

—¿Pero en dónde estamos? preguntó Eva mirando en torno suyo y viendo por las ventanas las luces de Argenton.

—Estás en tu casa del bosque José, ó en tu *villa* Escipion, como te parezca mejor. Este es tu dormitorio, como habrás adivinado al ver el retrato de tu madre, y este dormitorio está situado sobre el mismo sitio en que te encontré en la cabaña del cazador José, que hoy es guarda general de tus bosques.

—¡Ah! exclamó Eva, nada olvidas y los recuerdos son una cosa sagrada.

Ya sabemos que por un corredor se comunicaban los dos dormitorios; Merey condujo á la jóven al segundo, que era el suyo.

Eva no habia visto nada que se le pareciera: modelo Pompeyo puro. Las pinturas que adornaban las paredes la ocuparon un momento; despues pasó á los dos gabinetes, que parecian hermanos gemelos, diferenciándose sólo en los cuadros, que unos eran de la escuela lombarda y otros pertenecian á la florentina.

Despues habia una galería de varias escuelas de pintura.

La visita terminó en los dos comedores: una mesa con dos cubiertos estaba servida en el de verano, y desde los asientos se veian las flores, los árboles y las estrellas.

Jacobo hizo seña á Eva para que se sentara, la besó la mano y se sentó á su vez.

Eva comió sin saber lo que comía.

Las emociones de aquel dia la habian debilitado, y nada abre el apetito como las lágrimas de alegría.

En la mesa puso Jacobo Merey á Eva al corriente de todo. El hospital estaba fundado; la villa Escipion, ó la casa del bosque, acabada por completo; para el mes de Octubre le aguardaba su palacio de Paris. De la fortuna de Eva y de Jacobo, tan considerable una como otra, les quedaba cien mil libras de renta.

Eva quiso cerrar los oidos á las cuentas y cálculos, pero Jacobo juzgaba necesario informarla.

Cuando concluyó la cena, condujo Jacobo á Eva á su dormitorio.

—Aquí estás independiente, la dijo: las puertas cierran por dentro, y cuando las dejes abiertas será que me concedes permiso para entrar.

Eva le miró con ternura.

—Jacobo, una última súplica: volvamos á Argenton.

—¿Por qué, alma mia? preguntó Merey.

—Porque me parece que seria una ingratitud pasar la noche más feliz de mi vida fuera de la casa en donde me creaste y donde me he redimido.

Jacobo abrazó tiernamente á Eva.

—Tú sí que nada olvidas, la dijo; partamos para Argenton, partamos al momento.

Y una hora despues, la puerta de la casita se cerraba detrás de los dos seres más felices de la creacion.

FIN DE CREACION Y REDENCION.

ALEJANDRO DUMAS.

Ha pasado solamente un año desde que el autor de CREACION Y REDENCION, el amigo querido, el maestro de mis primeros ensayos literarios, me decia en Madrid:

—Hija mia, ya no soy más que ruinas, y poco, muy poco, podrá brotar de mi imaginacion cansada y abatida.

Su pronóstico se ha realizado, y Alejandro Dumas ha dejado de existir á los 68 años de edad, acompañado por los consuelos de la religion y por el llanto de su hija María Alejandra, de su hijo Alejandro y de sus amigos más íntimos.

La Ilustracion Española y Americana publicó en Mayo la biografía que escribí con los curiosos é ignorados detalles que Alejandro Dumas me dió por entonces, y que hoy reproduzco más extensamente para rendir el último homenaje de cariño y de admiracion al que profesaba un afecto verdaderamente paternal.

A dos leguas de la Ferté-Milon, en donde vió la luz primera el clásico Racine, á siete de Chateau-Thierry, cuna del fabulista La-fontaine, en la misma calle en que exhaló el postrer suspiro Demoustier, autor de las *Cartas mitológicas á Emilia*, y verdadero tipo de la literatura jocosa de siglo XVIII, cerca de Paris, y en la risueña Villers-Cotteretes, nació el 24 de Julio de 1802 un niño, á quien bautizaron con el nombre de Alejandro, hijo del general republicano Alejandro Dumas, que murió poco despues á los 39 años envenenado en las prisiones de Nápoles, en compañía del general Manscour y del sábio Delomieux, y cuando apenas el niño podia comprender la irreparable pérdida que sufría.

—La desgraciada muerte de mi padre, ha dicho algunas veces

Alejandro Dumas, ha sido causa de mis tendencias al republicanismo y de mi predilección por Garibaldi, cosa que nadie ha comprendido.

La muerte prematura del general dejó á su familia en un estado vecino de la miseria, y aun cuando solo le faltaban sesenta y seis dias para que su viuda tuviera derecho á una pensión, le fué negada por Napoleon I, así como la gracia que pedia para que su hijo fuese educado en un colegio, sin duda porque el general Dumas rehusó servir al Imperio.

También tenía derecho á ostentar el título y corona de marqués; pero hacia largo tiempo había renunciado, y su hijo Alejandro siguió su ejemplo, contentándose con el apellido Dumas, que su talento ha hecho tan célebre.

Viéndose tan escaso de recursos, careció de educación hasta los 21 años, época en la cual aprendió el italiano, el griego, el latín, el inglés, y las reglas necesarias para el trato social, y que debía haber aprendido en un colegio.

Esta falta de primera educación tuvo sus ventajas y sus inconvenientes, pues ínterin permanecían dormidas sus facultades morales, se desarrollaron prodigiosamente las físicas.

—He sido, me decía, cazador infatigable: andaba quince leguas al día, pasaba la noche bailando, y regresaba á mi casa á la mañana siguiente sin haber tenido un momento de descanso.

Esto hace comprender sus largos viajes á Rusia, Africa, la vuelta que dió al mar Caspio, mitad á pié, mitad á caballo, y los diez tomos escritos durante ese viaje.

A su regreso entró en las oficinas del duque de Orleans, despues Luis Felipe I, porque su letra era preciosa, y como él mismo ha dicho, *Antes de vivir con mi pluma, he vivido con mi letra.*

Alejandro Dumas no tenía afición ninguna á la literatura nacional, y probablemente no hubiera sido novelista ni autor dramático si no hubiese leído á Walter Scot, Schiller, Shakespeare y á Goethe.

La admiración ó el odio impuestos en los colegios le fueron desconocidos, porque sus maestros eran los libros, debiendo su edu-

cación á sí mismo, lo que fué causa del total cambio que sufrió la literatura dramática francesa.

Nuestro inolvidable duque de Rivas tradujo su primer drama *Enrique III*; pero acometido Alejandro Dumas, primero de un profundo desaliento y despues del cólera, de cuya enfermedad tardó largo tiempo en reponerse, se dedicó á escribir sus *Impresiones de viaje*, cuyos primeros tomos obtuvieron un éxito tan brillante, que continuó publicando hasta 50 ó 60 tomos.

¡Cuán difícil sería seguir á Dumas en sus múltiples producciones, que inauguraban una nueva era y trasformaban el plan de la novela, obteniendo numerosos imitadores!

Efecto de su atrasada educación, desconocía casi por completo la historia; pero una crítica severa, publicada por Cassanac en el *Diario de los Debates*, le hizo reflexionar en la necesidad de estudiarla, y empezó su tarea histórica con 20.000 francos que le produjeron *La Torre de Nesle*, *Antony* y *Ricardo Darlington*.

Es preciso advertir que entonces no contaba con destino ni sueldo alguno, pues el primero y los 2.000 francos que ganaba en casa del duque de Orleans los había renunciado al subir este príncipe al trono.

Durante tres años el nombre de Alejandro Dumas cesó de resonar en los círculos literarios, y hasta sus mejores amigos (segun su expresión) se felicitaban por su inexplicable apatía, porque temían luchar con aquella pluma incorrecta aun, pero fecundísima, que derramaba á manos llenas los tesoros de su inteligencia, como despues ha prodigado los millones que sus obras le han producido.

En sus descripciones históricas le hemos visto seguir senderos risueños, floridos, pintorescos, encantadores y poéticos, porque no aprendió la historia con los historiadores, sino que la buscó en las Memorias secretas de los personajes, en los archivos, en las correspondencias particulares.

Sus primeros ensayos en este género fueron *Ascanio*, *El Caballero de Harmental* y *El Bastardo de Montleon*, leyéndose poco despues con avidez *Los tres mosqueteros*. *La Reina Margot*, *La Dama de Monsereau*, y *Los Cuarenta y Cinco*.

Las estocadas, los duelos de sus personajes y el entusiasmo que le causaba el teatro español *de capa y de espada*, le impulsaron á los estudios anatómicos, que siguió en el hospital de la Caridad, en Paris.

Sin estos detalles no seria difícil creer que la misma imaginacion concibiera y desarrollara *Antony*, *La señorita de Belle-Isle*, *Pascal Bruno*, *Calígula*, *Monte-Cristo*, *Los compañeros de Jehú* y la *Historia de mis animales*.

La revolucion del 48 tuvo singular influencia en la literatura francesa: á Scribe sucedió Sardou, Ponson du-Terrail á Alejandro Dumas, apoderándose del público la más total indiferencia, porque careciendo de fé decae el entusiasmo.

Si Lamennais escribió un libro titulado *La indiferencia religiosa*, con no menor motivo podria escribirse otro que llevara por nombre *El indiferentismo*.

La guerra de Crimea, de Méjico, de Sadowa, es decir, la lucha del Austria y de Prusia, hicieron olvidar las discusiones literarias, y el astro radiante de 1830 amenaza extinguirse por completo.

Mi ilustre amigo Lamartine ha muerto; Dumas, el fecundo y popular novelista, ha muerto, minada la existencia de ambos por las decepciones, los desengaños y la ingratitude.

El autor de *Las dos Dianas*, ¿ha pertenecido á algun partido? No; si bien por amor y respeto filial, profesaba la opinion republicana.

Las luchas de los partidos, ¿consiguieron elevarlo ó rebajarlo? No. Hicieron vacilar al coloso? Tampoco; pues en su última novela, *CREACION Y REDENCION*, como han podido juzgar nuestros lectores, y cuya traduccion, tal vez como un presentimiento de que era la postrera, me encomendó con singular cariño, se le encuentra más jóven, más poético, más original, más entusiasta y apasionado que nunca, sus personajes más interesantes y sus diálogos más animados y llenos de encanto.

Alejandro Dumas era franco, generoso, apasionado, impresionable, y su carácter poético se revelaba hasta en los menores detalles.

Era la Providencia de los artistas, quienes encontraban un sitio y un cubierto en su mesa, un corazon dispuesto á participar de sus

pesares ó alegrías, y algunas monedas en su bolsillo, por lo que Dumas, á pesar de haber ganado *millones*, se encontraba á veces sin casi lo necesario.

Le conocí hace quince años, siendo yo todavía una niña, y ya entonces empezaba á estar triste, desilusionado, cansado del mundo y anhelando la vida íntima.

Desde la enfermedad que sufrió en el invierno de 1869 presentia su cercano fin.

El tumulto, el ruido, una sociedad numerosa le fatigaban en extremo, y caía en una especie de entorpecimiento; pero en las reuniones íntimas recobraba nueva vida y animacion, brotando de sus lábios frases chispeantes, ideas profundas, deliciosas descripciones que encantaban á los que le rodeaban.

En su último viaje á Madrid le presenté una noche en casa de mi amiga la inspirada poetisa doña Carolina Coronado, quien ofreció con cariñosa solícitud hospitalidad al grande hombre en su quinta del barrio de Salamanca.

Instalado en ella, me escribia algunos dias despues de mi regreso á Sevilla:

«Desde su marcha de Vd., mi querida niña, trabajo muy poco: dormito. Me encuentro tan bien en casa de nuestra Carolina, que desearia morir para permanecer siempre en ella.

»Mi epitafio está hecho por Michelet, de modo que me levantarían un sencillo monumento en el jardin, y seria una curiosidad para los extranjeros.»

Sea esta biografía el último tributo de admiracion y de cariñosa amistad que me es dado rendirle, concluyendo con dos líneas de una de sus cartas, porque ellas son la fiel expresion de mis sentimientos hácia el que tuvo la felicidad de morir antes de presenciar la desmembracion de su patria, de la que era tan entusiasta, y la ruina de Paris, la capital en donde habia obtenido tan larga série de glorias, y á la cual profesaba tan singular cariño.

«Mi memoria puede olvidar tal vez; pero mi corazon, jamás.»